

Redes familiares rotas: imposición de Estado y estrategias de resistencia

El caso de *La madama* (1969) de Concha Alós

Nieves Ruiz Pérez

Universidad de Alicante, España

Abstract The family, as a condition of system, unites the individual with society. It establishes an organic synergy, a delicate balance of two senses as powerful and influential as vulnerable. This interrelationship connects the private history of families with the historiography of the country in which they live. The family conflicts represented in the cultural manifestation open a window to numerous significant readings taken as the sociocultural and historical temperature of the moment. With these premises we will analyse Concha Alós' novel *La madama*, is analysed whose family universe draws broken family networks and impossible repair in a context of strong imposition and indoctrination as was the Franco regime.

Keywords Broken family networks. State imposition. Resistance strategies. Concha Alós. *La madama*.

Índice 1 Introducción. El caso de *La madama*. – 2 La familia Espín. – 3 Imposición de Estado. – 4 Estrategias de resistencia. – 5 Redes familiares rotas: hacia unas conclusiones.

Los Espín, bestias contra el sol, omnipotente y armonioso.

(Concha Alós, *La madama*, 1969)

1 Introducción. El caso de *La madama*

La madama (1969), quinta novela de Concha Alós (1922-2011), puede leerse como una radiografía de un país en *shock* tras el triunfo de los golpistas. Genaro J. Pérez (1993, 13) admite en su estudio dedicado a la autora que esta novela constituye «el acercamiento más directo» al contexto de posguerra en sus primeros años de represión. Esta obra se sitúa cronológicamente a continuación de *El caballo rojo* (1966), novela anterior ambientada en plena Guerra Civil. Con *La madama*, Concha Alós culmina una tendencia estética en su modo de narrar (14). Los relatos reunidos en *Rey de gatos. Narraciones antropófagas* (1972) y la novela *Os habla Electra* (1975) marcan el rumbo hacia lo experimental y lo onírico que caracteriza la segunda etapa creativa de la escritora.

A finales de la década de los sesenta, fecha de publicación de *La madama*, el realismo social del medio siglo ha perdido su hegemonía o, más bien, en palabras de David Becerra Mayor (2013, 5-91), ha disminuido su carácter militante. Sin embargo, mantiene el interés por «la exploración de problemas personales» que reclaman «una verificación del estado general de la sociedad» (Gonzalo Sobejano 2003, 18-19). Gonzalo Sobejano denomina esta tendencia «novela estructural» o «novela social», que constituye una modalidad narrativa más acorde a los cambios socioculturales del momento.¹ La ficción de Concha Alós encajaría en esa corriente adherida al realismo que desea identificar a la persona en función de su contexto social, es decir, ya no como una lucha de clase, sino analizando el conjunto social «en su totalidad» (19). Óscar Barrero Pérez considera *Tiempo de silencio* (1962) de Luis Martín-Santos Ribera el hito iniciador de la renovación formal del realismo medio secular (Barrero Pérez 1992, 175). Lucía Montejo Gurruchaga (2004, 184) sostiene que Concha Alós «no rompe» con el realismo, pero incorpora algunas formalidades narrativas como la superposición de las voces narrativas o la disminución del diálogo.

La acción de *La madama* transcurre en la capital provinciana de Castellón de la Plana, mientras el conflicto bélico mundial azota en Europa. Estos primeros años del franquismo se caracterizan por la

¹ Recuérdese que la década de los sesenta estuvo marcada por el crecimiento económico, a partir de los Planes de Desarrollo del ministro Laureano López Rodó. El desarrollismo implícito modificó «radicalmente la estructura social de España», fomentando «un espíritu consumista» (Barrero Pérez 1992, 165-6).

represión y la violencia estandarizada del régimen cuyo objetivo es construir una sociedad determinada a salvo del ‘demonio rojo’. «El grado de violencia y represión» buscó, incluso, una «tabla rasa [que] llegó a contar hasta con un nuevo calendario» (Ríos Carratalá 2015, 87). Alcanzada la victoria, la maquinaria franquista ideó los mecanismos de represión basados en las depuraciones, los encarcelamientos y los fusilamientos en masa conocidos como ‘sacas’ (Ayora del Olmo 2016, 320). Concha Alós recrea en esta novela ese ambiente de represión a través de diecinueve capítulos duplicados a modo de espejo, alternando entre los números arábigos y los romanos que delimitan el testimonio de dentro y fuera de la cárcel. Esta alternancia permite mostrar el nexo común de ambos mundos: «la dificultad de sobrevivir [y] mantener la dignidad» (Montejo Gurruchaga 2004, 184).

La madama reproduce la involución económica de la familia Espín que cuenta con un estigma peor que la ruina: pertenecer al bando de los vencidos. La vida de cada uno de sus miembros se ve truncada con el advenimiento del nuevo régimen. El más afectado es Clemente, el mediano de los Espín, que ha sido encarcelado. Primero, en el campo de concentración alicantino de Albaterra y, luego, condenado a quince años en la cárcel Provincial de Castellón. Su mujer, Cecilia, debe trabajar a destajo para alimentar a sus dos hijos pequeños y llevar comida a su marido en prisión. Aquiles Espín, el primogénito, se ha librado, en principio, de la cárcel, pero sus ganas de prosperar le llevan a delinquir como estraperlista y termina donde su hermano. Aquiles es viudo y tiene dos hijos de su primera esposa, Margarita e Ignacio. Conocerá a María, una muchacha indocumentada que huyó al monte cuando concluyó la guerra y hará lo que esté en su mano para conseguir cierta estabilidad al lado de los Espín. Teresa Espín y su madre Adelina viven paupérrimamente. Aunque sus ideas congenian con los preceptos del franquismo, no es suficiente por ser familiar de un represaliado. La familia Espín trata de sobrevivir bajo estas circunstancias extremas en las que el hambre es una amenaza real que cuelga del cuello como una losa.

La madama recrea la atmósfera hostil que complica la existencia a los del otro lado. Las vivencias de los Espín representan literariamente lo experimentado por miles de familias represaliadas por el franquismo tras la Guerra Civil. Gracias a la edición de Círculo de Lectores en 1981, es posible saber que el testimonio de Clemente está inspirado en el diario del fotógrafo y activista catalán Pau Barceló, amigo de la escritora, que fue condenado a quince años de prisión. Los pasajes dedicados a la vida de intramuros se caracterizan por su crudeza. Por ello, la novela encontró ciertas dificultades con la censura, suprimiendo algunos fragmentos especialmente duros correspondientes a descripciones escatológicas de la vida en las prisiones franquistas, según puede consultarse en el expediente de censura número 8952-69, sito en el Archivo General de la Administración

de Alcalá de Henares, y como también desarrolla Lucía Montejo Guruchaga. A pesar de las supresiones, la novela mantiene su mensaje intacto y es autorizada para su publicación, ya que, a fin de cuentas, los censores leyeron la obra despectivamente: «no es más que el drama de los ‘rojos’ en la España de la post-guerra [sic]», sostiene el lector 26 en su informe del 6 de octubre de 1969.

Este preámbulo enmarca las características principales de la novela que el presente estudio desea analizar a partir de la hipótesis de que *La madama* muestra, además del ‘drama de los rojos’, unas redes familiares rotas producto de una imposición de Estado que aboca a los Espín a una lucha existencial a través de unas estrategias de resistencia que vulneran su integridad. Por tanto, el objetivo de estas páginas será aportar una lectura de la novela que ponga de relieve cómo el totalitarismo de Estado permea hasta lo más privado en su afán por intervenir la vida pública cuyas consecuencias se ven reflejadas en las relaciones familiares que quedan reducidas al interés entre sus miembros. Para el análisis, el artículo se estructura en tres bloques temáticos que pormenorizan los distintos aspectos de lectura que conducen hacia unas conclusiones que tratan de responder si es posible o no la restauración de esas redes familiares rotas y el grado de implicación del Estado en ese desgarró.

2 La familia Espín

Los Espín tuvieron la mala suerte de caer en el bando de los vencidos. La primera secuela de esa circunstancia es el encarcelamiento de Clemente y el resto de la familia queda expuesta a un señalamiento ideológico considerado enemigo del Estado. El estigma rojo está marcado en la frente de los Espín. *La madama* dibuja un panorama familiar en el que es complicado establecer vínculos sanos y auténticos. Se detecta en la colectividad de los Espín una cohesión basada en un individualismo acusado en el que cada uno de ellos vive ensimismado en su enconada batalla por la supervivencia. Esta situación produce una incomunicación radical que anula la empatía entre sus miembros, convirtiéndose «en extraños con muy pocas cosas en común» (Villa García 2022, 156). Los personajes de *La madama* viven, por tanto, «aprisionados psicológicamente» (Pérez 1993, 51).

Julio E. Checa Puerta (2015, 35) sostiene que el universo literario ha encontrado en el tema de la familia un pilar sobre el que construir el edificio de la manifestación cultural porque su representación como «microcosmos social» permite diferentes «lecturas simbólicas» en distintas claves de significación. David S. Reher (1996, 23) analiza la familia española desde un doble punto de vista: como «garante de la reproducción social, económica y demográfica de la sociedad» y como «institución destinada a defender, proteger y asegurar

[...] la supervivencia y bienestar» de sus miembros en cualquier circunstancia adversa. Sin embargo, leyendo *La madama* se intuye que el refugio familiar se transforma en un lugar inhóspito, lo que subvierte, de algún modo, la concepción propuesta por Reher y amplía las líneas de significación a las que aludía Checa Puerta.

Julia Villa García (2022, 149-50) define la familia como «una institución tan poderosa como frágil», un «sistema» en el que «lo que sucede a cada uno de sus miembros afecta a los demás». Para Inés Alberdi (1999, 9), la familia «es el lugar donde se construye la identidad individual y social de las personas» porque «conecta a los individuos y a la sociedad desde el comienzo de la vida humana», cumpliendo «una función esencial» para ambas partes. Es decir, la familia sirve como base a la socialización del individuo a partir de unas relaciones de parentesco. El proceso de socialización necesita de ambos elementos: «el individuo y la sociedad» que, recíprocamente, «se diseñan a un tiempo» (9). La imbricación entre individuo y sociedad lleva aparejada otro binomio sustancial: la familia y el Estado, ya que las normas de Estado condicionan el desarrollo de las familias porque afectan a la configuración de sus estructuras internas. Así parece entreverse en *La madama*.

La representación de la familia en la novela en este contexto se aleja de la mirada alegórica propuesta por Jobst Welge (2015) en el marco del costumbrismo y/o naturalismo decimonónico. Las estelas familiares de *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós (1887) y *Los pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán (1886) analizadas por Welge descubren la alegoría de la decadencia de ciertos valores de clase en pugna entre la aristocracia y la burguesía. En estos ejemplos, la familia es el resultado de la interrelación entre Estado, historiografía y genealogía:

the respective publication [...] shows how the customary sequence of literary historiography is of little help here. [...] the two authors as representative, respectively, of an urban and regional version of realism/naturalism, corresponding in turn to a bourgeois and aristocratic perspective. [These novels represent] the problematic unity of the nation, as exemplified and allegorized by the sphere of the private domain. I will especially draw attention to how the figuration of the nation is reflected in the genealogical narrative of the novel, which both presents and ultimately interrogates an organic model of society. (61-2)

Así, el núcleo familiar aparece como la unidad mínima y orgánica que constituye una sociedad dentro de unas normas de Estado que se adapta y sobrevive a las circunstancias historiográficas presentes en cada momento. Esta idea encaja con la interrelación entre sociedad e individuo señalada por Inés Alberdi (1999). Sin embargo, la diferencia entre el realismo decimonónico y el derivado del medio siglo radica en que la familia deja de representar la degradación de una clase social en

modo alegórico (Welge 2015) para convertirse en motivo literario que materializa unas relaciones sociales asfixiantes y degradantes para el individuo (Checa Puerta 2015; Villa García 2022). De manera que la unidad orgánica entre familia, sociedad y Estado permanece, pero vira el flujo de retroalimentación para responder a otro contexto histórico.

Estas significaciones acerca de la familia coinciden con lo expuesto por Villa García (150) cuando afirma que la representación de la familia en la literatura cumple una función de «espejo» en la que ficción y realidad se reflejan, modificando «su imagen mutuamente». En este sentido, el drama de la familia Espín abre una ventana a la realidad extraliteraria de una porción de la historia más reciente de España. Las siguientes secciones darán cuenta de cómo el equilibrio entre las distintas esferas de afectación -individuo, familia y Estado- en *La madama* aparece roto.

3 Imposición de Estado

Una vez alcanzada la victoria en 1939, el gobierno franquista recuperó la institución de la familia como baluarte de unos preceptos socio-culturales concretos. El sistema discursivo del régimen dispuso los parámetros de cómo debía ser una familia. El mensaje fluía a través de las manifestaciones culturales como el cine, los documentales del NO-DO, las canciones e, incluso, los juegos infantiles (Ríos Carratalá 2016, 96). La familia en este contexto de adoctrinamiento recuperaba privilegios basados en el modelo tradicional, convirtiéndose en «la primera célula social» (Somolinos Molina 2022, 71). Ese modelo tradicional ponderaba el discurso sobre 'la naturaleza de la mujer' que volvía a quedar relegada al ámbito del hogar y a su función reproductiva (70). El papel de las mujeres reducido a la maternidad estaba relacionado con el discurso de «exaltación de la patria», ya que la labor de las mujeres era «aumentar la población española». La Sección Femenina de Falange Española se encargó de tal pedagogía para anular los avances conseguidos durante la etapa republicana (70). La concepción de la nueva patria basada en el modelo tradicional de familia estaba vinculado a la fe católica, puesto que un 'buen español' debía comulgar con los ideales del Glorioso Movimiento Nacional que fusionaban peligrosamente los conceptos de dios y patria (Ríos Carratalá 2015, 35).

De este modo, la familia constituyó un pilar fundamental como 'instrumento de control social'. El marco del régimen totalitarista usó la clave familiar 'para garantizar la subordinación' y la aceptación de un 'proyecto político organicista' que, además, cercenaba la emancipación de la mujer (Somolinos Molinas 2022, 71). Concha Alós en *La madama* reproduce estas consignas para desenmascarar el mensaje pernicioso subyacente en estos discursos, por ejemplo, cuando Aquiles sermonea a su hija Margarita para que no continúe sus estudios:

«Unos buenos muslos necesita una mujer, que no bachilleres» (Alós 1969, 103). También los preceptos religiosos quedan desnudos ante la imposibilidad de Teresa cuando pide ayuda al sacerdote:

Le vino a la cabeza la confesión de ayer: Padre, no sé por dónde tirar. Yo ya no soy joven y, además, está mi madre. Los bordados no bastan para vivir. Ya debe usted saber cómo se han puesto las cosas... Oyó detrás de la rejilla el suspiro ahogado, aburrido quizá, del mosén. No le solucionó nada. Le habló del otro mundo. La gloria para los que sufren. Resignación. Le aseguró que como ella se había mantenido siempre virtuosa, Dios la compensaría a la hora de la muerte. (183)

Asimismo, la vieja Adelina, que antes de la guerra había gozado de cierto estatus económico, aun concordando con los ideales de los vencedores, observa cómo su mundo se desmorona ante la pérdida de capital y un hijo encarcelado. Clemente reflexiona sobre la posición de su madre y la inutilidad que supone después de todo:

Te creías en el bando de enfrente erguida y orgullosa tu frente burguesa, como si los Espín hubiéramos sido alguna vez algo más que ganapanes que respiraron mientras las cosas rodaban y alguien de la familia se desriñonaba en el trabajo. [...] Pero ya ves. Todo pasó. Ahora mandan los tuyos. ¿Quieres, mamá, que contemos los muertos? (112)

La nueva patria no tenía hueco para los vencidos porque su ideario durante la etapa anterior era considerado opuesto al planteamiento de restauración del núcleo familiar. Así, el testimonio de Clemente reproduce el grado de represión vivido dentro de las prisiones. Los capítulos señalados con el número arábigo pertenecen a la vida de intramuros. Clemente describe el funcionamiento de las 'sacas', que consistían en el supuesto traslado de presos durante la madrugada, siendo en realidad órdenes de ejecución (Ayora del Olmo 2016, 320), la rutina carcelaria y, sobre todo, da cuenta del hambre y de las condiciones inhumanas. Concha Alós, a través de la experiencia de Clemente inspirada en la de Pau Barceló, denuncia una práctica de ensañamiento contra los republicanos que no pudieron optar al exilio. Los encarcelamientos se realizaban sin garantías procesales para el acusado mediante consejos de guerra que recibían el nombre de sumarísimos de urgencia.² A veces, la amonestación se saldaba con una

² Diego Castro Campano (2010, 11 y en Ríos Carratalá 2015, 96) define esos sumarísimos como: «un proceso judicial en el que las distintas partes ordinarias del mismo se acumulan en un solo acto y, generalmente, en un solo momento, de tal suerte que se instruye, aportan y valoran las pruebas, juzga, condena y se ejecuta la sentencia en un plazo brevísimo, incluso solo de horas».

multa económica, pero la insolvencia de las familias hacía que terminasen igualmente en prisión (Ríos Carratalá 2015, 132).

Clemente en la cárcel supone el primer eslabón desestabilizador de la balanza en la que las esferas de afectación confluyen en la formación recíproca entre individuo y sociedad. La imposición de Estado comienza a resquebrajar un pedazo de la red familiar. La mácula de un pariente encarcelado significaba la marginación para los del exterior. La autarquía acarreó una economía cuartelaria que, con el fin de garantizar el abastecimiento de los productos básicos, ideó una cartilla de racionamiento. El reparto no fue equitativo, pues las familias de los vencidos se vieron privadas de esa cartilla, sobre todo, viudas de republicanos o mujeres con sus maridos apresados (Ayora del Olmo 2016, 324). En *La madama*, Teresa Espín cuenta con una cartilla de racionamiento que se evapora con su última peseta. En cambio, la narración no da pistas de que Cecilia o María la hubiesen tenido siquiera una vez.

Estas condiciones desventajosas para los vencidos, no solo vulneran el desarrollo individual pleno, existencialmente hablando, sino que, además, deterioran las relaciones familiares porque aíslan a cada miembro en su realidad extrema. Los Espín no se rinden y luchan hasta las últimas consecuencias. Para ello, tendrán que adoptar una serie de dinámicas de resistencia y, así, tratar de sortear el determinismo de Estado.

4 Estrategias de resistencia

Claudio Hernández Burgos (2018, 36) expone la compleja cotidianidad en tiempos de dictadura. Fue necesaria una avenencia entre «aquellos que aceptaban las condiciones impuestas por el régimen» y los que debían adaptarse a unas normas con «pequeños gestos de resistencia». Estos últimos trataron de hacer su existencia más tolerable mediante estrategias que paliasen las condiciones denigrantes de la extrema pobreza. Los primeros años de posguerra se caracterizaron por su prolongada miseria ahondada por el sistema autárquico que aisló al país del exterior y lo condenó económicamente (Reher 1996, 360). Esta situación tuvo su impacto en la precariedad del trabajo y en la falta de vivienda que obligaba a las familias a hacinarse bajo el mismo techo o realquilar habitaciones a extraños para aliviar levemente los gastos.

La madama recrea este panorama a través de los personajes femeninos de Cecilia, María e, incluso, Teresa. Ante las limitaciones económicas de la clase trabajadora y la falta o insuficiencia del salario masculino, las mujeres no tuvieron otra alternativa que abandonar los hogares e incorporarse al tejido laboral. Eso sí, realizando actividades designadas como adecuadas para lo femenino, es decir, tareas que tuvieran relación con lo doméstico. Somolinos Molina (2022,

70-9) desarrolla en su estudio la intervención legislativa del régimen para controlar la mano de obra femenina orientada, más que a evitar la inclusión de la mujer en el trabajo, «a impedir [su] independencia económica». Así, el trabajo de Cecilia se multiplica en la pastelería, en la casa cuidando de sus hijos y en cubrir las necesidades de Clemente. La estrechez la obliga a realquilar el cuarto de los niños a un matrimonio jubilado del que sospecha que quita la ración de sus hijos cuando ella debe recuperar las horas de trabajo el día de visita a la cárcel.

María se aferra al hogar de los Espín, aunque para ellos tenga que convertirse en 'la criada' (Alós 1969, 119), fregando, limpiando, cosiendo faldas para Margarita. María prefiere eso a la vida itinerante en el monte «sin otro recurso que espatarrarse cuando un hombre se lo pedía» (118). María vive en casa de los Espín, junto a su suegra y su cuñada que la apodan 'la madama' por vivir en concubinato con Aquiles. Le niegan la palabra. Aquiles entrega su sueldo a María para que ella lo gestione, dejando fuera de la ecuación a Adeline y Teresa. Por ello, Teresa se ve obligada a trabajar en la costura, rebuscar en la basura o recoger colillas para llevar el tabaco seco a su hermano preso.

Sin embargo, el trabajo no basta para colmar las necesidades básicas por lo que las estrategias de resistencia que se representan en la novela giran en torno a cuatro elementos: el estraperlo, la red clientelar de la administración o el tráfico de influencias, la prostitución y el matrimonio. Estas opciones no garantizan el éxito para salvar la precariedad. Este párrafo tratará de describir cada uno de estos elementos en función de los personajes de la novela que representan las motivaciones y las consecuencias de llevarlas a la práctica en un circuito social diseñado para la mitad de la población.

El estraperlo, definido como 'comercio ilegal', fue una actividad muy común durante los primeros años de posguerra. El mercado negro trató de paliar los efectos de la autarquía. Era el único método por el que circulaban algunos productos como el arroz, el aceite o el jabón (Ríos Carratalá 2016, 44). *La madama* relata una de esas escenas de contrabando a través de 'las madrileñas'. No obstante, Aquiles es quien se dedica al estraperlo junto a su compañero Tomás Expósito. Ambos recorren la geografía española en un camión desvencijado ocultando entre el género de naranjas las valijas de arroz y aceite. Al principio, el estraperlo proporciona dinero fácil y rápido. Aquiles compra comida, ropa e, incluso, una bicicleta ante los ojos atónitos de su hermana y su madre que no tienen acceso a la bonanza sobrevenida. Hasta que, un amanecer, el camión es detenido por una pareja de guardia civiles y Aquiles acaba encerrado donde su hermano. Este personaje representa el perfil típico del oportunista sin escrúpulos. El estraperlista asume sin dificultades el discurso dominante como demostró al término de la guerra, cuando supo cambiarse de bando antes de ser

represaliado y, más tarde, aceptando la propuesta de su jefe para conseguir una bonificación extra. La ambición de Aquiles por prosperar le lleva a cruzar la línea roja de la legalidad, perdiendo lo conseguido.

El tráfico de influencias viene representado por Higinio Pérez de la Sota, pretendiente y futuro marido de Margarita. La actitud de este personaje refleja no solo la red clientelar corrupta del régimen que aplicaba la ‘discriminación positiva’ en la función pública, sino también un modo de pensamiento que aceptaba y buscaba beneficiarse del reparto de favores. La red clientelar «fue determinante para la continuidad de la dictadura» (Ríos Carratalá 2015, 152). Ríos Carratalá explica: el franquismo «concibió el empleo público como recompensa por los méritos contraídos durante la guerra»; «desde jueces hasta conserjes, con especial incidencia en el sistema educativo» (152), debido al importante número de vacantes tras el proceso depurador.

Higinio Pérez de la Sota, a pesar de su apellido compuesto, no ocupa un lugar relevante en el ámbito de la administración. Consigue un puesto de funcionario como administrador de abastos con el que malvive en un cuarto compartido. La familia del chico también está arruinada, aunque él cuenta lo contrario a Margarita para conquistarla. Aparecen pocos detalles sobre su familia en la novela. Sin embargo, se muestran suficientes para intuir que la familia ‘del albaceateño’, aunque no ha sido represaliada, tampoco goza de una cercanía privilegiada en la dinámica del régimen a juzgar por el puesto de baja estofa que le es proporcionado a Higinio. La estrategia del chico es simular que maneja ciertas influencias. La táctica funciona para que Aquiles lo acepte como yerno:

Sí, este Pérez de la Sota era un buen partido para Margarita. Hablaba de tú a los de Falange, a los jefazos de la Audiencia, era probable que tratase de tú a tú al mismo Obispo. (Alós 1969, 245-6)

La aspiración de Higinio, como la del resto de chicos en edad de casamiento según la novela, era encontrar a una mujer bien posicionada económicamente. Pero cambia de idea cuando conoce a Margarita, aun sabiendo que su familia está arruinada. La manera de caminar de la chica lo enfebrecía, lo excitaba. Higinio sabe que para saciar su deseo sexual debe casarse con Margarita y renuncia a la posibilidad de matrimoniar con alguien que no le excite sexualmente: «qué caray, alguna cosa tenía que hacer a su gusto» (210). La determinación de Higinio para el matrimonio se sitúa lejos del sentimiento amoroso, más bien, es un impulso sexual. Margarita tampoco está enamorada, ve en Higinio el destino irremediable de cualquier mujer: «una especie de cepo para llegar a la meta suya, la suprema aspiración femenina. El Santo matrimonio» (212).

El matrimonio en estas circunstancias se convierte en un trámite interesado. De la misma manera, la unión de Aquiles y María se

establece como un convenio. Él no desea volver a contraer matrimonio, pero María necesita convertirse en una Espín de ley para limpiar su nombre de la prostitución cuando tuvo que quemar su documentación tras la guerra. María fuerza el matrimonio quedándose embarazada, aconsejada por su amiga:

Nada de precauciones. Tú le dices a él que sí, a todo que sí. Pero nada de lavajes ni de irrigaciones. Lo que tú tienes que procurar te es tu barriga, que te haga un chico. Después se casará. Si conoceré yo a los hombres. En cuanto se les dice que van a ser padres se les cae la baba. (123)

El único matrimonio que aparece en *La madama* como producto del amor es el de Clemente y Cecilia. Sin embargo, el encarcelamiento interrumpe la relación. El aislamiento le hace sentir como «un pelele, un espantapájaros, un ser sin voluntad propia» (159). Ella está desbordada por la carga de trabajo: «Soy una mula. Una mula o una máquina, cualquier cosa menos un ser humano» (227). Aun así, la situación de Cecilia empeora. Ella sustrae paquetes de galletas para sus hijos y su marido de la pastelería donde trabaja. Incluso, a veces, come a escondidas algún pastel para saciar el hambre. Hasta que, un día, es sorprendida por su compañera que la delata ante la jefa y la despide automáticamente: «Rojos malditos que no tendría que quedar ni uno» (232). Sin sueldos y con tres bocas a cargo, Cecilia acepta trabajos de lavandera y friegasuelos en condiciones infrahumanas. El esfuerzo no es suficiente, pues ya no le fían más alimentos en las tiendas. La desesperación de Cecilia toca fondo. Entonces, aparece Heliodoro, el marido de la jefa de la pastelería, con sus sobres azules cargados de dinero: «Tome, Cecilia, quiero recuperar mi sueño. Si necesita más dígame. [...] Soy su seguro servidor» (254).

Los sobres piden a cambio el honor de Cecilia. Ella rechaza la idea, pero la amiga de María arregla los encuentros e intercede para que sucumba a los deseos de Heliodoro: «Me parece menos honesto que tus hijos anden todo el día abandonados» (255). Cecilia traspasa la línea roja de su integridad moral y encuentra en la opción de prostituirse con Heliodoro la única vía para colmar sus necesidades, sobre todo, las de la cárcel porque Clemente «es una sima» que «la explota, un chulito innoble que vive de su dinero» (54). El trato de Cecilia y Heliodoro permite hacer llegar paquetes cargados de productos antes impensables. Él intuye de dónde pueden venir esos regalos, pero se resigna y lo acepta como estrategia de supervivencia:

Pensamientos, sospechas, terrores se me ovillan en la cabeza. Se mezclan y rompen sus cabos, enredándose, produciendo un desconcerto caótico, infernal. Es jueves y no ha venido Cecilia. La semana pasada tampoco acudió. Y ni una carta, ni una excusa. Un

paquete, eso sí, un gordo envoltorio con comida y la pluma estilográfica que hace tanto tiempo que deseaba y que pedí en una ocasión, temeroso: “No puedo escribir con la vieja, Cecilia. Rasca el papel, está rota. Si fuera posible... Pero ya sé que no. Olvidalo, querida. Hay cosas más urgentes. Olvidalo y perdona”. (277)

La prostitución es un tema recurrente en la narrativa de Concha Alós (Pérez 1993). En la novela, aparece desdoblada en distintas aristas: desde la ejercida por María explícitamente a la de Cecilia con las proposiciones de don Heliodoro. No obstante, en la novela subyacen otros modos de prostitución como ocurre, por ejemplo, con la unión de Margarita e Higinio. Ella siente que tiene que pagar un precio a cambio de reputación social:

El peligro. Un hombre desconocido delante del cual, cuando echan las bendiciones, se tendría que desnudar. Era como venderse. Dejarse comprar por un mercader que la cambiara por un saquito de monedas. Las bendiciones, la promesa del condumio, el nombre social, un bracete de hombre donde andar agarrada por las calles. A cambio de eso exhibirse desnuda, dejarse desflorar. (Alós 1969, 217)

Además de la prostitución femenina, Concha Alós plantea la masculina a través de Aquiles cuando considera seriamente la posibilidad de tener sexo con su jefe. Sugestionado por los rumores de homosexualidad que penden sobre su superior, confunde las intenciones de negocio cuando es llamado al despacho para hablarle del estraperlo:

Hablaba con voz matizada don Pascual. Alto y elegante don Pascual. El ambiente era cálido, perfumado. Un bienestar grato que se metía por la piel, los agujeros de la nariz. Los ojos de Aquiles. Con el humo del cigarrillo, la música baja e insinuante, la visión de los muebles de lujo, el bar con fondo de espejos, luces. “Dicen que hay hombres muy hombres que hacen de las dos cosas. Que con cuatro copas ni se nota lo que se tiene debajo”. “Y si paga bien... Además, en un plano discreto, que no se enterara nadie...”. Porque la gente si lo nota, si lo sabe, ya está: maricón le llamarían. “Aquiles el marica...”. (170)

Las distintas perspectivas sobre la prostitución que aparecen en la novela amplían la significación del epíteto del título que recaía explícitamente en el personaje de María. El concepto de ‘madama’ se extiende, por tanto, al resto de los Espín porque cada uno de ellos, de un modo u otro, resuelve su conflicto con el hambre desde estrategias que ponen precio a su integridad. Estas estrategias aparecen en el contexto de la narración como un remedio superficial ante

unas imposiciones de Estado que ahogan y mercantilizan las relaciones familiares. Esta apreciación podría entenderse como que los personajes de la obra están exentos de responsabilidad individual. Obviamente, Aquiles podría haberse negado a transportar aceite en su camión o María no haberse quedado a su lado, asumiendo una vida que la exaspera y no desea. Cecilia tenía la última palabra ante las intenciones de Heliodoro. Margarita podría no aceptar a Higinio como marido. Sin embargo, la solución a estas disyuntivas siempre trae consigo un precio igual de indigno que el de venderse a cambio de una mínima estabilidad. De modo que el panorama de fuerte intervención que dibuja Concha Alós en esta novela podría interpretarse como un determinismo de Estado en el que los personajes disponen de pocas alternativas y se ven obligados a actuar como actúan anulando cualquier margen de responsabilidad. En este sentido, *La madama* es un «testimonio» que «aporta aspectos frecuentemente silenciados» por la Historia y colorean «la intrahistoria del pueblo español» (Pérez 1993, 56).

5 Redes familiares rotas: hacia unas conclusiones

La lectura de *La madama*, relacionando la imposición de Estado con el desarrollo de la institución familiar, ha puesto de manifiesto la vulnerabilidad del equilibrio entre individuo/familia y familia/sociedad. A pesar del grado de cierto determinismo al que puede inducir la novela, el análisis final no trata de posicionar al Estado como el brazo ejecutor de la ruptura de los lazos familiares. Sin embargo, la permeabilidad de su adoctrinamiento y las medidas de represión tan acusadas muestran una intencionalidad concreta de aniquilación de cualquier modelo familiar que no sea el propuesto por el régimen basado en convencionalismos tradicionalistas.

Las consecuencias de esta imposición de Estado para instaurar un modelo específico de familia quedan reflejadas en el texto. Así, los Espín representan la imbricación de la que hablaba Alberdi (1999) entre sociedad-Estado/familia. Las distintas esferas, que se fusionan en esa unidad mínima orgánica que aludía Welge (2015), garantizan el proceso de socialización y de convivencia entre los individuos tengan relaciones de parentesco o no. En el caso de *La madama*, esa función esencial que debe cumplir tal unidad en el proceso de socialización aparece rota. Las redes familiares de los Espín están atravesadas por unas circunstancias extremas que impiden establecer relaciones auténticas o sanas porque se transforman en contratos de interés, ya que la supervivencia individual se coloca por encima del vínculo afectivo. Por tanto, se podría afirmar que el Estado con su imposición no rompe la red familiar en sí misma, pero deteriora la armonía deseada entre los miembros de la familia.

El fin de la guerra trajo consigo la restauración de un modelo social basado en la célula familiar que marginó a aquellos que no se adscribieran a él. Incluso, estigmatizó, castigó y apartó del circuito social a aquellos considerados enemigos del régimen. La represión llevada a ese extremo de violencia, representada en el encarcelamiento de Clemente Espín, podría considerarse como la maniobra directa de una imposición de Estado que rompa con la red familiar. A partir de este hecho, la situación se endurece para el resto de sus familiares que se ven abocados a una carrera de fondo por prosperar o no morir de hambre. No hay modo de saber cómo hubiera sido la decadencia de los Espín si el bando republicano hubiera ganado la guerra, pero lo que se puede afirmar es que Clemente no habría sido apresado y Cecilia no habría tenido que ceder a los favores de Heliodoro. María no se habría echado al monte quemando su documentación y podría haber dispuesto de otras opciones laborales. Estos ejemplos muestran a través de la ficción cómo la intervención del Estado puede incidir en el desarrollo de los proyectos vitales de cada individuo que, a su vez, con su acción afecta a la dinámica familiar que, por extensión, condiciona el circuito social que va asumiendo y reproduciendo cierto tipo de discursos como la conveniencia del matrimonio.

Ante las dificultades, los Espín tratan de sobrevivir y, para ello, toman decisiones que aquí se han denominado como estrategias de resistencia porque suponen una confrontación a las adversidades. Estas estrategias guardan diferencias entre sí, ya que, por un lado, el estraperlo era una actividad tolerada por el régimen, aunque perseguida por la ley. Su única finalidad era la de enriquecerse gracias a las necesidades. Por otro lado, el tráfico de influencias era una dinámica propia del Estado que premiaba a sus adeptos, por lo que más que una estrategia de resistencia, puede considerarse como de adaptación. La prostitución estuvo regulada por el gobierno franquista, considerada «un mal inevitable» que, además, cumplía una función social que drenaba «el deseo carnal de los hombres» y, así, «las buenas mujeres -virginales y casaderas- pudieran caminar por las calles» (Somolinos Molina 2022, 73). Sin embargo, la prostitución que se representa en *La madama* tiene poco que ver con la oficial de los burdeles. Concha Alós denuncia una práctica en la que se vieron obligadas muchas mujeres para poder alimentar a sus hijos y/o ayudar a sus hombres encarcelados.

La prostitución en la novela alcanza una significación moral que desmonta los mitos sociales de pureza y recato para dar paso a la burda mercantilización que va más allá de reducir el cuerpo de la mujer a «su calidad de objeto placentero» (Alós 1969, 118), como pensaba María. Igualmente, *La madama* aborda el tema del matrimonio desde el viso de significación despojada de cualquier sentimentalismo. El único matrimonio basado en el amor es cercenado con el

encarcelamiento de Clemente. Por tanto, la estrategia de la prostitución o la salida del matrimonio pueden considerarse como una resistencia que, en última instancia, no confronta al Estado, sino que se resigna a sus preceptos y a las vías de salvación que propone.

Así, las estrategias de resistencia se convierten en estrategias de supervivencia. La resistencia estaría en las ganas de sobrevivir a la condena del hambre impuesta desde arriba. El hambre es el conflicto que atraviesa a cada Espín. Cada uno de ellos lo resuelve a su modo porque no encuentran en su red familiar el apoyo necesario para poder solucionar su problema. Los Espín se perciben solos, de ahí su individualidad, a pesar de su conexión colectiva. La consecuencia de este sentimiento es el aislamiento y la incomunicación que anunciaba Villa García (2022). Este panorama desolador de *La madama* impide percibir a la familia como el refugio que aludía Reher (1996). Los elementos deseables en una convivencia como la confianza, el amor o el respeto no pueden darse en unas dinámicas como las planteadas a lo largo de este artículo. Los Espín están desbordados y desquiciados. Se sienten solos ante su lucha y ven en sus allegados enemigos potenciales o instrumentos en los que atenuar sus deficiencias.

En definitiva, Concha Alós ofrece un (des)enfoque sobre la familia en un contexto de fuerte represión y adoctrinamiento. *La madama* no da lugar a la reparación de esos lazos familiares. El único instante que podría considerarse como una segunda oportunidad para los Espín es el convite del bautizo de la pequeña Rosita, hija de Aquiles y María. Pero la obstinación de Adelina rompe cualquier atisbo de esperanza. Aquiles desea reconciliarse con su madre que no quiere conocer a su nieta y aceptar a María como legítima nuera después del matrimonio. Adelina se niega: «Yo no me vendo por una copa de champaña y una comida como otras personas» (Alós 1969, 247). Aquiles se enfada y pone fin al banquete. La celebración rota es el síntoma de la herida irreparable que vertebra a los Espín. *La madama* recrea la imposibilidad de consolidar unos lazos de amor y convivencia que, curiosamente, apunta alegórica y premonitoriamente hacia la situación de un país dividido ideológicamente.

Bibliografía

- Alberdi, I. (1999). *La nueva familia española*. Madrid: Taurus-Pensamiento.
- Alós, C. (1969). *La madama*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Ayora del Olmo, A. (2016). «La represión franquista en la narrativa de Concha Alós». Sansano, G.; Marcillas Piquer, I.; Ruiz-Núñez, J.B. (eds), *Història i poètiques de la memòria: La violència política la representació del franquisme*. Alicante: Universidad de Alicante, 319-32.
- Barrero Pérez, O. (1992). *Historia de la Literatura española contemporánea (1939-1990)*. Madrid: Ediciones Istmo.
- Becerra Mayor, D. (2013). «Estudio preliminar (Prólogo)». López Salinas, A., *La mina*. Madrid: Akal, 5-112.
- Castro Campano, D. (2010). «Los sumarísimos de la Guerra Civil: El Archivo del Tribunal Militar Territorial Primero». *Boletín Informativo. Sistema Archivístico de la Defensa*, 18, 3-25.
- Checa Puerta, J.E. (2015). «Del yo al nosotros: visiones de la familia en la dramaturgia española actual». *Anales de la Literatura española contemporánea*, 40(2), 35-59.
- Hernández Burgos, C. (2018). «Españoles normales en tiempos anormales. "Nuevas" miradas sobre vida cotidiana y franquismo». Román Ruiz, G.; Santana González, J.A. (eds), *Tiempo de dictadura. Experiencias cotidianas durante la guerra, el franquismo y la democracia*. Granada: Universidad de Granada, 23-44.
- Montejo Gurruchaga, L. (2004). «La narrativa realista de Concha Alós». *Anuario de estudios filológicos*, XXVII, 175-90.
- Pérez, G.J. (1993). *La narrativa de Concha Alós: texto, pretexto y contexto*. Madrid: Támesis.
- Reher, D.S. (1996). *La familia en España, pasado y presente*. Trad. Eva Rodríguez Halfter. Madrid: Alianza Editorial.
- Ríos Carratalá, J.A. (2015). *Nos vemos en Chicote. Imágenes del cinismo y el silencio en la cultura franquista*. Sevilla: Renacimiento.
- Ríos Carratalá, J.A. (2016). *Contemos cómo pasó. Imágenes y reflexiones de una cotidianidad (1958-1975)*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Sobejano, G. (2003). *Novela española contemporánea (1940-1995). Doce estudios*. Barcelona: Marenostrium.
- Somolinos Molina, C. (2022). *Rojas las manos. Mujeres trabajadoras en la narrativa española contemporánea*. Granada: Comares.
- Villa García, J. (2022). «Un estudio de la familia en la literatura». *Papeles Saltantinos de Educación*, 26, 149-62.
- Welge, J. (2015). *Genealogical Fictions: Cultural Periphery and Historical Change in the Modern Novel*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.